

poco tiempo aquella iglesia de la capital se halló en estado de servir de modelo á toda la provincia, la cual hizo empeño de conformarse con ella. San Oton, despues de haber dado la última mano á esta conquista apostólica, vivió todavía seis ó siete años en su iglesia de Bamberg, donde no dejó de presentar en sus obras la fe viva, el celo laborioso, la caridad, el espíritu de abnegacion y todas las virtudes de un apóstol.

6. Otras muchas iglesias tenían tambien á su frente prelados de una eminente virtud. En el año de 1125 fue transferido el bienaventurado Hildeberto del obispado de Mans á la silla metropolitana de Tours, como á un campo mas apto para desplegar toda la estension de su mérito y talentos; pero él no aceptó este mayor honor sino con extrema repugnancia, aunque en Mans tuvo que sufrir toda clase de contradicciones por la rivalidad de los Príncipes que se disputaban aquella ciudad (1). Vivió en Tours como en su primera silla, ocupado sin interrupcion en reformar y santificar su clero, instruir á su pueblo, socorrer á los indigentes, reparar y adornar las iglesias. Continuamente hacia una vida austera, ayunaba frecuentemente, hacia servir su mesa con una simplicidad egemplar, llevaba puesto el cilicio, dormia en el suelo, y pasaba la mayor parte de la noche en la meditacion de los libros santos y en la oracion. Tavo además gran cuidado de celebrar sinodos y visitar su provincia.

(1) *Vit. in gest. episc. cænom.*

Conón, conde de Bretaña, le convidó á pasar á sus estados á reformar algunos abusos; y con este motivo se tuvo en Nantes un concilio, que nos da una prueba clara del socorro que el derecho natural puede sacar de la fe cristiana para la observancia de sus mas evidentes principios (1). Se habian introducido en Bretaña dos costumbres inhumanas: por la primera, á la muerte de un marido ó de una mujer, todos los muebles del difunto pertenecian al señor; y por la segunda, cuando un navío tenia la desgracia de naufragar, lejos de alargar la mano para socorrer á los infelices que la tempestad habia perdonado, los restos de sus bienes eran confiscados en provecho del Príncipe. El conde que asistia al concilio, renunció generosamente este derecho bárbaro, é hizo pronunciar el anatéma contra todos los que egercian el otro. Hildeberto envió estos decretos al Papa Honorio que los confirmó. Gobernó ocho ó diez años el arzobispado de Tours, y adquirió por sus escritos una justa estimacion.

Nos han quedado de él cartas, sermones, las vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, gran número de poesias, y algunos tratados de religion, entre los cuales el mas considerable forma un cuerpo abreviado de teología, que fue el modelo de los que despues acreditaron admirablemente la teología escolástica. En él se halla una pureza y una exactitud rara para aquel tiempo, con un sabio discernimiento en la eleccion de las pruebas. En general, se

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 918.*



observa en las obras de Hildeberto un juicio sano, y una verdadera fuerza de espíritu contra las preocupaciones de su siglo, y particularmente contra los abusos de las largas peregrinaciones y de las apelaciones al Papa (1). Aunque era discípulo de Berengario, estuvo siempre muy distante de los errores de su maestro; y dice espresamente que despues de la consagracion del cuerpo de nuestro Señor, la sustancia de pan no queda en la Eucaristía. Se sirve en esta materia de la palabra transubstanciacion, y es el primer autor en cuyos escritos se halla usada (2).

7. Hacia el tiempo en que el bienaventurado Hildeberto pasó á la silla de Tours, San Norberto fue á pedir al Papa la confirmacion de su instituto que habia sido aprobado por los legados Gregorio y Pedro de Leon. Se le recibió en Roma con mucho honor, y obtuvo sin trabajo lo que deseaba, como resulta de la bula de Honorio de 16 de Febrero de 1126, en que se reserva sin embargo la jurisdiccion á los obispos. De vuelta á Francia, á súplicas del conde de Champaña, á quien el mismo Norberto habia exhortado á santificarse en el siglo, y que queria recibir una esposa de su mano, pasó á Alemania á acelerar este matrimonio ya convenido con la virtuosa Matilde Princesa de Carintia.

8. Norberto llegó á Spira en ocasion de tener el Emperador Lotario allí una dieta en que se hallaban diputados del clero y del pueblo de Magdeburgo para

(1) *Lib. 1. Epist. 5. et lib. 2. epist. 41.* (2) *Serm. 39. pag. 689.*

elegir un arzobispo (1). Así que se supo la llegada de una persona tan famosa y tan celebrada particularmente por su santa elocuencia, se le convidó á predicar un sermón que llenó todas las esperanzas del auditorio. Habia en él con una multitud de señores un cardenal legado, llamado Gerardo, que despues fue Papa bajo el nombre de Lucio III; y por su consejo los diputados propusieron para la silla vacante tres sujetos recomendables, en cuyo número se hallaba Norberto, que ni aun lo imaginaba. Estándose deliberando entre los tres, Alberon, primicerio de la iglesia de Metz, y despues arzobispo de Tréveris, hizo seña á los diputados, mostrando con el dedo á San Norberto. Inmediatamente se apoderaron de él clamando en altas voces: este es nuestro pastor y nuestro padre; y llevándole sin darle tiempo á pensar, le presentaron á Lotario, que aplaudió esta eleccion con todos los asistentes. El legado la confirmó, y al momento se le condujo á Magdeburgo, donde esta noticia causó júbilo inesplicable.

Desde lo mas lejos que pudo ver la ciudad, caminó con los pies descalzos, y siguió así á la procesion que salió á recibirle y conducirle á la iglesia, y despues al palacio arzobispal. Estaba tan pobrememente vestido, que el portero le negó la entrada, y le apartó con aspereza, diciéndole: vete á colocar entre los demás pobres, y no vengas á incomodar á estos señores. Todo el mundo al ver esto empezó á dar voces al portero, diciéndole que era el arzobispo;

(1) *Vit. ap. Bolland. cap. 15.*



de suerte, que de confuso no sabia dónde ocultarse; pero Norberto le detuvo, diciéndole con agrado y con rostro risueño: „no temas nada; amigo mio; tú me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio en que haré precisamente muy mal papel.” Gobernó ocho años la diócesis de Magdeburgo con un celo que consiguió grandes frutos; aunque movió contra él enemigos, cuyo furor llegó hasta quererle dar de puñaladas; pero su caridad, su dulzura admirable y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos. A pesar de esta promoción al episcopado, muchos de sus religiosos no querian otro superior que él, y se mantuvieron tan firmes en esto, que el orden se vió próximo á una incómoda division; pero él mandó á los mas principales y los obligó á que eligiesen un abad general, que fue Hugo, su primer discípulo.

9. Habo tambien entonces en Cluny una division mucho mas perniciosa, porque hizo suceder sin intervalo á la edificacion pública todos los escandalosos espectáculos del cisma. El abad Ponce, insoponible ya mas de tres años á sus hermanos por sus caprichos altaneros y sus fastuosas profusiones, habia hecho dimision de su cargo en un acceso fantástico de fervor, y habia pasado á la tierra santa donde se proponia acabar sus dias. Los monges se apresuraron á poner en su lugar á Hugo, prior de Marcigni, que murió al cabo de tres meses. Inmediatamente despues eligieron á Pedro Mauricio, descendiente de la antigua casa de Montboissier, y dotado de cualidades per-

sonales que le han grangeado el nombre de venerable. Ponce por su carácter no podia estar contento mucho tiempo en las soledades obscuras y estériles de la Palestina, por lo que volvió á acercarse al teatro de su antigua grandeza; y edificó un pequeño monasterio en Italia en el obispado de Treviso. Esta renovacion de fortuna, lejos de fijar su ligereza, sirvió solo de cebo á su ambicion, que no cesaba de retratarle las imágenes de la magnificencia de Cluny, hasta que al fin le volvieron la cabeza en términos que le hicieron tomar el partido de recobrar de un modo ó de otro su antigua posesion. Mas para volverse á presentar en Francia con algun éxito favorable á sus ideas, creyó deber hacer un papel nuevo para él, y se resolvió á fingirse santo. Empezó buscando partidarios que hiciesen correr por todas partes la voz de que estaba continuamente orando; que llevaba cadenas de hierro debajo de los hábitos; que pasaba semanas enteras sin comer, y que curaba con sus oraciones toda clase de enfermedades.

Habiéndose adelantado á él esta reputacion en el camino de Cluny, donde habia declarado no querer presentarse, se fue acercando poco á poco; y habiendo sabido que Pedro estaba en Aquitania á negocios de la orden, recogió algunos monges fugitivos y muchos legos armados, redobló su marcha, y acometió de repente al monasterio (1). Echó de él al prior Bernardo, anciano venerable, dispersó los monges, obligó con amenazas y tormentos á algunos de los que

(1) *Petr. Vener. lib. 2. de mirac.*



pudo detener á que le prestasen juramento de fidelidad, y puso á los demás en una dura prision. Hecho así dueño absoluto de todo, se apoderó de las cruces, de los relicarios y de los cálices, los hizo fundir, y sacó una gran cantidad de oro para pagar el sueldo á los vandidos que tenia consigo, sin exceptuar las mugeres sin pudor, las que no se avergonzaba de llevar en su comitiva. Por último, se apoderó de las granjas y castillos del monasterio, todo lo llevó á sangre y fuego, y sostuvo aquella guerra sacrilega desde el principio de cuaresma hasta el mes de Octubre, defendiéndose el prior y los principales religiosos como podian en lugares difíciles de forzar.

Habiendo llegado el ruido de este escándalo á los oídos del Papa, envió al momento legados que pronunciaron el anatéma contra Ponce y su faccion; y despues mandó á Pedro Mauricio y á Ponce que se presentasen en Roma para juzgar por sí mismo. Pedro se puso inmediatamente en camino con las personas mas distinguidas que tenia la orden, entre ellas Mateo, prior de San Martin de los campos de París, que estaba encargado de llevar la voz. Ponce tuvo la osadía de comparecer acompañado de algunos monjes de su partido. Como estaba escomulgado, mandó el Pontífice decirle que se pusiese en estado de obtener la absolucion, segun los cánones, antes de presentarse al juicio. Mas él contestó que no habia en la tierra quien pudiese escomulgarle, y que solo San Pedro en persona tendria poder para ello. El Papa

disgustado con este delirio del orgullo, entregó al insensato á su ceguedad voluntaria, ordenando exhortar á sus secuaces á que fuesen mas dóciles. Confesáronse estos culpados, entraron con los pies descalzos en el palacio, pidiendo con humildad la absolucion y la lograron. Procedieron acto continuo al juicio; y siendo claro el derecho, trataron únicamente de comprobar los hechos. Retiróse el Papa con toda su comitiva por algunas horas, despues de haber oido á las dos partes: regresó luego, tomó su silla y mandó pronunciar la sentencia en estos términos: „La santa iglesia romana depone para siempre á Ponce, usurpador sacrilego y cismático, y asegura al abad Pedro el monasterio de Cluny con todas sus dependencias.” Apenas pronunciaron este juicio, cuando los monges engañados por Ponce se reunieron cordialmente á sus hermanos; y todo el fuego de aquel horrible cisma se estinguió en un punto. El Papa hizo encerrar á Ponce en una torre, donde aquel genio soberbio perseveró en la impenitencia, y murió poco tiempo despues: no obstante, por consideracion al ilustre monasterio de que habia sido abad, el Pontífice le mandó enterrar en sagrado, aunque sin ningun aparato.

10. En el año siguiente al del cisma de Cluny, el monasterio de Monte-Casino, que tenia en Italia la alta preeminencia de honor y de mérito que los cluniacenses gozaban en Francia, cayó tambien en un cisma que no fue menos escandaloso (1). Su abad Ode-

(1) *Chron. Cass. lib. 4. cap. 31 et seq.*



riso, de carácter muy semejante á Ponce, se abandonó á los mismos extravíos. Cuando el Papa Honorio no era mas que cardenal obispo de Ostia, habia sufrido de aquel un desaire humillante; y cuando le elevaron al pontificado, el abad imprudente, naturalmente mordáz, soltó algunas impertinentes proposiciones sobre el nacimiento del Pontífice, y puso de cierto modo en ridiculo su literatura. Algun tiempo despues Honorio, hallándose en el castillo de Fumona, hizo venir á Oderiso, y en presencia de muchos legos le reprendió fuertemente sobre la disipacion de los bienes del monasterio, llegando á decirle en la contestacion que no era un abad, sino un grande del mundo y un oficial militar. Habiéndose exasperado de este modo de una parte y otra los ánimos, el conde de Aquino, que no amaba á Oderiso, escribió á Honorio, que este abad soberbio hablaba mal de él en cuantas ocasiones se le ofrecian, y citó casos particulares analizándolos muy bien, para que el Pontífice llamase á Oderiso á su tribunal. Negóse el abad á comparecer; y el Papa habiendo repetido por dos veces la citacion segun las formas canónicas, pronunció contra él la sentencia de deposicion, añadiendo, que aun cuando no tuviese otra culpa que su contumacia y orgullo, bastaban para condenarle.

Despreció Oderiso la sentencia, y algunos dias despues se sentó en la silla abacial con el báculo en la mano, egerciendo todas las funciones de costumbre. Justamente irritado su Santidad, le escomulgó con todos sus cómplices, lo que causó una division

entrè los monges y los pueblos de la abadía, hasta que estos, habiéndose hecho los mas fuertes, obligaron á los monges á echar á Oderiso, y á elegir otro abad. En efecto, eligieron á su dean Nicolás; pero algunos religiosos antiguos escribieron en secreto al Papa que la eleccion era irregular, y obra solo de la intriga. Justificó bien esta acusacion la conducta de Nicolás; pues para sostener su partido se apoderó de la mucha plata de la iglesia, sin perdonar á un altar de oro adornado de pedreria, ni á otros muchos regalos de un precio inestimable, consagrados por la devocion de tantos Papas y Príncipes. La profanacion rayó tan alto, que el afecto que le tenian sus monges se trocó en horror y odio implacable. Pero su robo le habia puesto en estado de sostener la guerra que siguió con tanta obstinacion como furor. Oderiso por el contrario, amaestrado por la adversidad y por la firmeza inflexible del Papa, se arrojó á sus pies, y renunció la abadía en sus manos. Depuso el Pontífice al punto á Nicolás; escomulgó á todos sus secuaces, é hizo elegir abad al preboste del monasterio de Cápua llamado Signoret. Sometióse entonces Nicolás, y abandonó las fortalezas que ocupaba. Causó tanta satisfaccion á Honorio el haber dado fin á este escándalo, que se transfirió contra su costumbre á Monte Casino para dar á Signoret la bendicion abacial que sus predecesores habian ido siempre á recibir á Roma. No obstante, quiso que el nuevo abad le prestase juramento; mas los monges se opusieron á esta pretension del todo nueva, y el Papa desistió de ella.



11. El orden de Cluny en el espacio de trece años de un gobierno como el de Ponce, no habia podido dejar de sufrir golpes considerables en la regularidad de sus observancias; pero los religiosos conservaban toda la altivez de la preeminencia en que los habia establecido la reputacion de sus padres; y así no vieron sin emulacion al instituto del Cistér, que estaba en el mas alto grado de su fervor, tomar el primer lugar en punto á la regularidad, y quitarles la estimacion pública que siempre la acompaña. No habiendo causa alguna para criticar la pureza de sus observancias, procuraron hacerlas pasar por impracticables al menos de un modo indirecto despojándoles de algunos sugetos, con el pretesto de haberse comprometido sin reflexion á una perfeccion á que su debilidad no podia llegar nunca. Habia ya el abad Ponce corrompido así á un jóven profeso llamado Roberto, primo-hermano de San Bernardo, y que vivia bajo su direccion en Claraval. Habia enviado para ello á su gran prior, que tratando la austeridad de indiscrecion y de locura, persuadió al jóven Roberto á que abandonase el monasterio, y le llevó á Cluny donde hizo una nueva profesion. Escribió en vano San Bernardo á Roberto cuanto la ternura de la amistad y la uncion de la piedad pueden inspirar mas á propósito para mover, y cuanto puede dictar la elocuencia mas eminente (1). Pareció el desertor insensible mientras Ponce conservó su dignidad, y no volvió á Claraval hasta que Pedro Mauricio fue abad de Cluny.

(1) *S. Bern. Ep. 1.*

Habíase terminado la contienda; pero las reflexiones producidas por una y otra parte sobre el valor y cumplimiento de las respectivas observancias, no proporcionaron ventaja alguna á Cluny. Los agresores, á quienes habia salido frustrado el ataque, volviéronse quejosos acusando á San Bernardo de que los deshonoraba. Formalizaron esta queja con tanta publicidad, y tantas veces la repitieron, que sus amigos le obligaron á justificarse. Escribió en efecto para ello una apología dividida en dos partes, de las que la primera se dirigia á disculparse de las invectivas que se le imputaban falsamente, y la otra á dar á conocer las justas razones que habia tenido para reprender algunas relajaciones verificadas (1). „Sin duda seríamos, dice, los mas infelices de todos los hombres, si cubiertos de andrajos, como nos dicen muy bien, osásemos desde nuestras cabañas infamar vuestro illustre instituto, y desde el fondo obscuro de nuestro desierto desacreditar á los que son luces del mundo, atentando á la reputacion de tantos santos que viven entre vosotros. Si así fuese, ¿de qué nos servirian nuestros trabajos y nuestras austeridades, sino para precipitarnos mas tristemente en el abismo eterno por la odiosa senda de la detraccion y de la hipocresia?” Protesta despues, que ha profesado siempre mucho aprecio y afecto al orden de Cluny: que venera y ama mucho á todos los órdenes, quienes con los fieles de toda condicion, de todo sexo y de toda edad componen una misma Iglesia. Dice, que es imposible

(1) *Opusc. 3. tom. 1.*